

# VIA CRUCIS

En la Pasión y Crucifixión hay dos personajes que pagaron con sus propias vidas el precio de nuestra redención: Cristo, nuestro salvador y redentor, que con su sangre preciosa lavó nuestros pecados y nos abrió la puerta del cielo. Y María, la madre dolorosa, la corredentora, que por su amor inmenso hacia Jesús, padeció la agonía de su hijo, y así, consumida de dolor, inmersa en el cáliz de la sangre redentora de su hijo, comparte plenamente el sacrificio salvífico de Jesús... ¡y todo por amor a nosotros!

El camino del Calvario no solo fue recorrido por Cristo. La vía dolorosa también la recorre María, acompañando y consolando a su hijo. Su compañía y su consuelo son silentes y escondidos; desde un rincón de la calle, Ella camina presenciando todo el dolor de su hijo. María, desde su lugar, vive la pasión de su amado hijo dándole la fuerza y la gracia de su amor.

## ORACIÓN INICIAL

Oremos.

Señor Jesucristo,  
colma nuestros corazones con la luz de tu Espíritu Santo,  
para que, siguiéndote en tu último camino,  
sepamos cuál es el precio de nuestra redención  
y seamos dignos de participar  
en los frutos de tu pasión, muerte y resurrección.  
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.



## **PRIMERA ESTACIÓN: Jesús en condenado a muerte**

**V.** Te adoramos oh Cristo y te bendecimos.

**R.** Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según San Lucas (Lc, 23, 18-24):

“Ello vociferaron en masa: << ¡Quita de en medio a ese! Suéltanos a Barrabás >>... Pilato volvió a dirigirles la palabra queriendo soltar a Jesús, pero ellos seguían gritando, << ¡Crucifícalo, crucifícalo! >> . Por tercera vez les dijo: << Pues, ¿Qué mal ha hecho este? No he encontrado en él ninguna culpa que merezca la muerte. Así que le daré un escarmiento y lo soltaré. >> Pero ellos, se le echaban encima, pidiendo a gritos que lo crucificaran; e iba creciendo su griterío. Pilato entonces sentenció que realizarán lo que pedían: soltó a Barrabás, y a Jesús se lo entregó a su voluntad.”

Oh, Madre Dolorosa... ¿qué sintió tu corazón cuando escuchaste la sentencia de muerte que imponían a tu adorado hijo? Tú que le diste vida, que lo llevaste en tus entrañas, que lo amamantaste, que lo viste crecer, caminar, hablar... serías testigo de su muerte. ¡Qué dolor, Madre, para ti, verlo recorrer el camino pedregoso y estrecho que lo llevaría hacia su crucifixión! María, Madre del injustamente condenado, sé que hubieras querido tomar el lugar de Jesús, pero sabías que era el momento de su martirio. Y todo lo guardaste silenciosamente en tu corazón... ¡Todo lo hiciste porque confiabas en el amor del Padre!

Padre nuestro que estás...

**R.** Pequé Señor, pequé.

**V.** Tened piedad y misericordia de nosotros.

## **SEGUNDA ESTACIÓN: Jesús carga con su cruz**

**V.** Te adoramos oh Cristo y te bendecimos.

**R.** Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según San Juan (Jn 19, 17-18):

“Tomaron a Jesús y, cargando él mismo con la cruz, salió al sitio llamado <<de la calavera>> (que en hebreo se dice Gólgota).

Oh, Madre Dolorosa... tú que has sentido el gran dolor de ver a tu hijo con una corona de espinas enterrada en su cabeza; tú que has visto su cuerpo con latigazos, sangrando, y su carne con llagas... ahora tienes que ver cómo, sin ninguna consideración, en esa piel tan herida y adolorida, le colocan una cruz. Tú, Madre, sientes en tu corazón el peso apremiante de ese madero que colocan sobre los hombros de tu amado hijo. Y tú, María, sin poder tomar su cruz, aunque eso era lo que tu corazón deseaba hacer. Y todo lo guardaste silenciosamente en tu corazón... ¡Todo lo hiciste porque confiabas en el amor del Padre!

Padre nuestro que estás...

**R.** Pequé Señor, pequé.

**V.** Tened piedad y misericordia de nosotros.

## **TERCERA ESTACIÓN: Jesús cae por primera vez**

**V.** Te adoramos oh Cristo y te bendecimos.

**R.** Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según San Lucas (Lc 2, 34-35)

“Simeón los bendijo y dijo a María su Madre: <<Este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción –y a ti misma una espada te atravesará el alma– para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones>>

Oh, Madre Dolorosa... tú que viviste para cuidar a tu hijo, ¡qué duro fue para ti verlo indefenso! María, todo tu ser reaccionó y quisiste ir a recoger a Jesús, acariciarlo, mitigarle su dolor, igual que cuando niño se caía y lo limpiabas, lo curabas. Pero no podías hacerlo, debías solo orar y pedirle al Padre Celestial que le diera las fuerzas necesarias para continuar... Y todo lo guardaste silenciosamente en tu corazón... ¡Todo lo hiciste porque confiabas en el amor del Padre!

Padre nuestro que estás...

**R.** Pequé Señor, pequé.

**V.** Tened piedad y misericordia de nosotros.

## **CUARTA ESTACIÓN: Jesús se encuentra con su madre**

**V.** Te adoramos oh Cristo y te bendecimos.

**R.** Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según San Lucas (Lc 2, 34-35)

Al verlo, se quedaron atónitos, y le dijo su madre <<Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Tu padre y yo te buscábamos angustiados>>. Él les contestó: <<¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?>>

Oh, Madre Dolorosa... tú corazón no aguanta más el deseo de darle un poco de cariño a tu hijo. Entonces te adentras entre la multitud gritando el nombre que tantas veces llamabas para que fuera a comer, a estudiar: "¡Jesús, Jesús, mi hijo...!", y por fin logras llegar a donde está tu hijo Jesús. Tus ojos llenos de lágrimas y angustia... sus ojos llenos de dolor, de soledad, mendigando de los hombres un poco de amor... En ese momento tomaste fuerzas del amor que le tienes y con tu mirada silenciosa, pero mucho más elocuente que las palabras, le dices: "Adelante, hijo, hay un propósito para todo este dolor... la salvación de los hombres, de aquellos a quienes quieres devolverles el poder ser hijos de tu Padre Celestial. Y regresas, Madre, silenciosa a tu lugar, escondida entre la muchedumbre, guardando todo esto en tu corazón... ¡Todo lo hiciste porque confiabas en el amor del Padre!

Padre nuestro que estás...

**R.** Pequé Señor, pequé.

**V.** Tened piedad y misericordia de nosotros.

## **QUINTA ESTACIÓN: Jesús es ayudado a cargar su cruz por Simón de Cirine**

**V.** Te adoramos oh Cristo y te bendecimos.

**R.** Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según San Lucas (Lc 23, 26)

“Mientras lo conducían, echaron mano de un cierto Simón de Cirene que volvía del campo, y le cargaron la cruz, para que la llevase detrás de Jesús.”

Oh, Madre Dolorosa... qué alivio sentiste cuando viste que un hombre iba a ayudar a tu pobre y destrozado hijo a cargar con esa cruz tan pesada. No sabes quién es ese hombre, sabes que no lo hace por amor o por compasión, pues lo están obligando a llevar la cruz de tu hijo. Lo único que sabes es que jamás olvidarás el rostro de aquel hombre que alivió el dolor de tu hijo... Por eso oras y pides a Dios que mientras carga la cruz, la sangre de Jesús, que corre por el madero, toque su corazón y le haga comprender cuánto amor se revela en esa cruz, cuánta misericordia se manifiesta en ese evento del cual él está siendo partícipe. Y tú, Madre, recordarás por siempre el rostro de aquel extraño que desde ese momento se convirtió para ti en un hijo. Y todo lo guardaste silenciosamente en tu corazón... ¡Todo lo hiciste porque confiabas en el amor del Padre!

Padre nuestro que estás...

**R.** Pequé Señor, pequé.

**V.** Tened piedad y misericordia de nosotros.

## **SEXTA ESTACIÓN: La Verónica limpia el rostro de Jesús**

**V.** Te adoramos oh Cristo y te bendecimos.

**R.** Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Del libro de Job (Job 11,15-18):

Entonces levantarás tu rostro limpio de mancha, Y serás fuerte, y nada temerás; Y olvidarás tu miseria, O te acordarás de ella como de aguas que pasaron. La vida te será más clara que el mediodía; Aunque oscureciere, será como la mañana. Tendrás confianza, porque hay esperanza; Mirarás alrededor, y dormirás seguro.

Oh, Madre Dolorosa, has estado orando y suplicando al Padre que mueva el corazón de alguien para que generosamente corra a auxiliar a tu hijo. Deseabas que fuera una mujer, para que con su delicadeza maternal aliviara la aspereza y brusquedad que ha recibido Jesús. Y cuando ves a la Verónica acercarse a limpiar el rostro desfigurado de tu hijo, sientes que tu corazón va a estallar. Ves cómo su velo blanco y limpio se posa sobre el rostro sangriento y sudado de tu amado Jesús... Y sabes, Madre, que ante una acción tan amorosa, tu hijo va a dejar una huella de su presencia... El rostro de tu hijo, grabado en un velo blanco... así como está grabado en tu Inmaculado Corazón. Y todo lo guardaste silenciosamente en tu corazón... ¡Todo lo hiciste porque confiabas en el amor del Padre!

Padre nuestro que estás...

**R.** Pequé Señor, pequé.

**V.** Tened piedad y misericordia de nosotros.

## **SÉPTIMA ESTACIÓN: Jesús cae por segunda vez**

**V.** Te adoramos oh Cristo y te bendecimos.

**R.** Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Del libro de los Proverbios (Prov 24, 16-18):

Pues cae siete veces y se levanta, pero el malvado se hunde en la desgracia. Si cae tu enemigo no te alegres; si tropieza no lo celebres no sea que al Señor no le agrade y retire de él su castigo.

Oh, Madre Dolorosa... sientes que con Jesús también vas a caer... Tratas de ir a socorrerlo, pero un soldado te detuvo. Tu corazón parece que va a desfallecer; puedes imaginarte el dolor que debe sentir tu hijo Jesús al caer y volver a caer sobre las piedras, rasgándose las rodillas y abriéndosele más las llagas de los azotes. Madre, ¿qué sentías, qué deseabas...? Solo si pudieras llegar a donde estaba tu amado hijo y le dieras un poco de agua, un poco de ternura... Madre, tú querías darle todo con tal de aliviar su sufrimiento y su fatiga... Y todo lo guardaste silenciosamente en tu corazón... ¡Todo lo hiciste porque confiabas en el amor del Padre!

Padre nuestro que estás...

**R.** Pequé Señor, pequé.

**V.** Tened piedad y misericordia de nosotros.

## **OCTAVA ESTACIÓN: Jesús es consolado por las mujeres de Jerusalén**

**V.** Te adoramos oh Cristo y te bendecimos.

**R.** Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según San Lucas (Lc 23, 27-31)

Y le seguía gran multitud del pueblo, y de mujeres que lloraban y hacían lamentación por él. Pero Jesús, vuelto hacia ellas, les dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque he aquí vendrán días en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no criaron. Entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros; y a los collados: Cubridnos. Porque si en el árbol verde hacen estas cosas, ¿en el seco, qué no se hará?

Oh, Madre Dolorosa... tus lágrimas han ido humedeciendo el camino tan seco y árido que recorre tu hijo; tus lágrimas de amor y sacrificio van mezclándose con la sangre de tu hijo que cae sobre la tierra. Sufres al ver la frialdad de los hombres ante un espectáculo tan doloroso, pero de pronto ves que unas mujeres lloran de compasión al ver a tu hijo tan destrozado y descubres que Jesús se detiene ante ellas... Les dice que no lloren por El, sino que lloren más bien por ellas y por sus hijos... Quizás ellas no entendieron, Madre, pero tú sí comprendiste la profundidad de aquellas palabras de tu hijo. Sabías en tu corazón que El las llamaba a un arrepentimiento verdadero, a que lloraran más bien por sus propios pecados. Tu amado hijo, en medio de su gran sufrimiento, seguía siendo el gran maestro de los hombres... Y todo lo guardaste silenciosamente en tu corazón... ¡Todo lo hiciste porque confiabas en el amor del Padre!

Padre nuestro que estás...

**R.** Pequé Señor, pequé.

**V.** Tened piedad y misericordia de nosotros.

## **NOVENA ESTACIÓN: Jesús cae por tercera vez**

**V.** Te adoramos oh Cristo y te bendecimos.

**R.** Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Del libro del Génesis (Gn 2, 16-17)

El Señor Dios dio este mandato al hombre: <<Puedes comer de todos los arboles del jardín, pero del árbol del conocimiento del bien y el mal no comerás, porque el día en que comas de él tendrás que morir.>>

Oh, Madre Dolorosa... ves cómo los soldados obligan a tu hijo a apresurar el paso para acabar con tan incómoda misión. Lo hacen caminar tan rápido, que Jesús, en su debilidad y agotamiento, tropieza y cae de nuevo. Los soldados le gritan y lo golpean para que se levante... y tú, Madre sufriente, lo único que deseas es susurrar en el oído de tu hijo aquellos cánticos de amor, aquellos versos tiernos y dulces que le cantabas por las noches cuando era un niño. Deseabas abrazarlo y ayudarlo a levantarse para que llegara a su meta final: la cruz. Ya le queda muy poco, y tu corazón está tan desgarrado de compasión por tu hijo, que lo único que deseas es que ya llegue a su descanso... Y todo lo guardaste silenciosamente en tu corazón... ¡Todo lo hiciste porque confiabas en el amor del Padre!

Padre nuestro que estás...

**R.** Pequé Señor, pequé.

**V.** Tened piedad y misericordia de nosotros.

## **DÉCIMA ESTACIÓN: Jesús es despojado de sus vestiduras**

**V.** Te adoramos oh Cristo y te bendecimos.

**R.** Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según San Lucas (Lc 23, 33-37)

Y cuando llegaron al lugar llamado de La Calavera, hicieron lotes con sus ropas y las echaron a suertes. El pueblo estaba mirando, pero los magistrados le hacían muecas diciendo: «A otros ha salvado, que se salve a sí mismo, si él es el Mesías e Dios, el Elegido». Se burlaban de él también los soldados, que se acercaban y le ofrecían vinagre, diciendo: «Si eres tú el Rey de los Judíos, sálvate a ti mismo»

Oh, querida Madre Dolorosa... en este momento recuerdas ese glorioso momento cuando tuviste a Jesús por primera vez en tus brazos, en medio de la pobreza del portal de Belén. Lo envolviste en pañales y lo colocaste en un pesebre. Querías que no pasara frío, que no estuviera desnudo, sino que esa ropita que le habías hecho con tanto amor cubriera su inmaculado cuerpo. Qué dolor para ti, María, ver a tu hijo despojado de su ropa... tú que viviste para cubrirlo, protegerlo y cuidarlo, hoy lo ves indefenso, desnudo... muriendo en la misma pobreza en que nació. Y de pronto ves, Madre, en el rostro de Jesús un gesto de profundo dolor, y es que al quitarle la túnica, también arrancaron pedazos de su cuerpo que se habían pegado a la tela... Y todo lo guardaste silenciosamente en tu corazón... ¡Todo lo hiciste porque confiabas en el amor del Padre!

Padre nuestro que estás...

**R.** Pequé Señor, pequé.

**V.** Tened piedad y misericordia de nosotros.

## **UNDÉCIMA ESTACIÓN: Jesús es clavado en la cruz**

**V.** Te adoramos oh Cristo y te bendecimos.

**R.** Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según San (Lc 23, 33-38)

Y cuando llegaron al lugar llamado «La Calavera», lo crucificaron allí a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen»... Uno de los malhechores crucificados lo insultaba diciendo « ¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros». Pero el otro le increpaba diciendo: « ¿Ni siquiera a Dios temes, estando en su misma condena? Nosotros, en verdad, lo estamos justamente, porque recibimos el castigo de lo que hicimos; en cambio, esto no ha hecho nada malo». Y decía: «Jesús acuérdate de mí cuando llegues a tu reino». Jesús le dijo: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso».

Oh, Madre Dolorosa... te preguntas si no es suficiente todo lo que le han hecho, pues todavía falta más... Ves cómo colocan a tu hijo en la cruz; ni siquiera podrá pasar sus últimos momentos con algún descanso. No, ahora ves cómo amarran a la cruz su cuerpo herido. Pero, Virgen Mártir, tu corazón se detuvo al oír los martillazos que atravesaban sus huesos. Sus manos y sus pies estaban completamente taladrados por esos clavos. Tú, María, recibes esos clavos como si verdaderamente te los clavarán. Quisieras decirles a los soldados que todo eso no era necesario... No tenían que usar clavos para mantener a tu hijo Jesús en la cruz, pues su amor por los hombres lo hubiera sostenido allí, en la cruz hasta la muerte... Y todo lo guardaste silenciosamente en tu corazón... ¡Todo lo hiciste porque confiabas en el amor del Padre!

Padre nuestro que estás...

**R.** Pequé Señor, pequé.

**V.** Tened piedad y misericordia de nosotros.

## **DUODÉCIMA ESTACIÓN: Jesús muere en la cruz.**

**V.** Te adoramos oh Cristo y te bendecimos.

**R.** Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según San Lucas (Lc 23, 44-48)

Era ya como la hora sexta, y vinieron las tinieblas sobre toda la tierra, hasta la hora nona, porque se oscureció el sol. El velo del templo se rasgó por medio. Y Jesús, clamando con voz potente dijo: << Padre a tus manos encomiendo mi espíritu>>. Y dicho esto, expiró.

Oh, Madre Dolorosa, estás al pie de la cruz de tu hijo... firme, de pie como toda una reina. Al lado de tu hijo, ofreciéndote como sacrificio de consolación. Y ves cómo un soldado traspasa con una lanza el corazón de tu hijo... y tu corazón, María, en ese momento fue traspasado espiritualmente por la misma lanza... La unión indisoluble de tu corazón con el corazón de Jesús queda revelada para toda la eternidad. Tu corazón recibe místicamente los efectos del traspaso físico del corazón de tu Hijo. Oh, Madre, tu hijo ha muerto, y sientes el dolor, el vacío, la soledad, pero también el descanso de saber que ya el mundo con toda su hostilidad no le puede hacer más daño... Qué grande eres, María; tú, igual que tu hijo Jesús, llegaste hasta el final. Es en la cima del monte Calvario, en esa cruz donde tu hijo es elevado en su trono de rey, que te conviertes en reina. Tu reinado, María, lo alcanza tu gran amor y tu fidelidad en el dolor. Todo parece acabado... y todo lo guardaste silenciosamente en tu corazón... ¡Todo lo hiciste porque confiabas en el amor del Padre!

Padre nuestro que estás...

**R.** Pequé Señor, pequé.

**V.** Tened piedad y misericordia de nosotros.

## **DÉCIMOTERCERA ESTACIÓN: Jesús es bajado de la cruz.**

**V.** Te adoramos oh Cristo y te bendecimos.

**R.** Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según San Lucas (Lc 23, 50-53)

Había un hombre, llamado José, que era miembro del Sanedrín, hombre bueno y justo (este no había dado su asentimiento ni a la decisión ni a la actuación de ellos); era natural de Arimatea, ciudad de los judíos, y aguardaba el reino de Dios. Este acudió a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Y bajándolo, lo envolvió en una sábana.

Oh, Madre Dolorosa, ahora sí puedes tener a tu hijo en tus brazos. Te parece mentira que aquel niño que tantas veces acunaste, arrullaste y estrechaste contra tu pecho, se vea en ese momento como un despojo humano. Pero lo único que te importa es tenerlo de nuevo en tus brazos maternos. Sabes que no puede sentir tus caricias ni tus besos, pero aun así lo besas y lo acaricias... con tu ternura y tu amor quieres borrarle el horror de lo que los hombres le hicieron. Madre, cómo lo estrechabas, cómo abrazabas ese cuerpo tan desfigurado... Sabías que Él había llevado sobre sí toda nuestra culpa, que con su dolor había sanado las llagas de nuestros pecados, que con su ser destrozado había devuelto la belleza a nuestras almas... Y al mirarlo inmóvil en tus brazos solo pensabas que Él vivió para amar y ahí estaba la prueba más grande de su amor. Por eso... todo lo guardaste silenciosamente en tu corazón... ¡Todo lo hiciste porque confiabas en el amor del Padre!

Padre nuestro que estás...

**R.** Pequé Señor, pequé.

**V.** Tened piedad y misericordia de nosotros.

## **DÉCIMOCUARTA ESTACIÓN: Jesús es sepultado**

**V.** Te adoramos oh Cristo y te bendecimos.

**R.** Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según San Lucas (Lc 23, 53-56)

... Y lo colocó en un sepulcro excavado en la roca, donde nadie había sido puesto todavía. Era el día de la Preparación y estaba para empezar el sábado. Las mujeres que lo habían acompañado desde Galileo lo siguieron, y vieron el sepulcro y como había sido colocado su cuerpo. Al regresar, prepararon aromas y mirra. Y el sábado descansaron de acuerdo con el precepto.

Oh, Madre Dolorosa, nunca dejas a tu hijo, vas con los que lo llevan a enterrar, pues quieres acompañarlo hasta su tumba. Quisieras arreglar su cuerpo, vestirlo, ponerle un manto blanco, suave y perfumado, pero nada de eso se te permite hacer. Recuerdas en ese momento los nueve meses que lo tuviste en tu vientre. Donde lo guardabas con tanto amor, cuidándolo del maltrato del mundo. Y es así como lo depositas en la tumba. Es hora de dejarlo y de cerrar la puerta del sepulcro. Qué dolor, Madre, saber que Él se queda ahí y que tú debes continuar aquí en la tierra, enfrentándote a la oscuridad, a la burla, a la indiferencia y al desprecio que aun después de muerto sigan haciéndole los hombres. María, tú caminas despacio, como si no quisieras separarte de tu hijo, pero una gran paz envuelve tu corazón traspasado de dolor... La paz y el gozo de saber que tu hijo muy pronto RESUCITARÁ.

Padre nuestro que estás...

**R.** Pequé Señor, pequé.

**V.** Tened piedad y misericordia de nosotros.

## ORACIÓN FINAL

Señor Jesucristo,  
que por el Padre, con la potencia del Espíritu Santo,  
fuiste llevado desde las tinieblas de la muerte  
a la luz de una nueva vida en la gloria,  
haz que el signo del sepulcro vacío  
nos hable a nosotros y a las generaciones futuras  
y se convierta en fuente viva de fe,  
de caridad generosa  
y de firmísima esperanza.  
A ti, Jesús, presencia escondida y victoriosa  
en la historia del mundo  
honor y gloria por los siglos.

